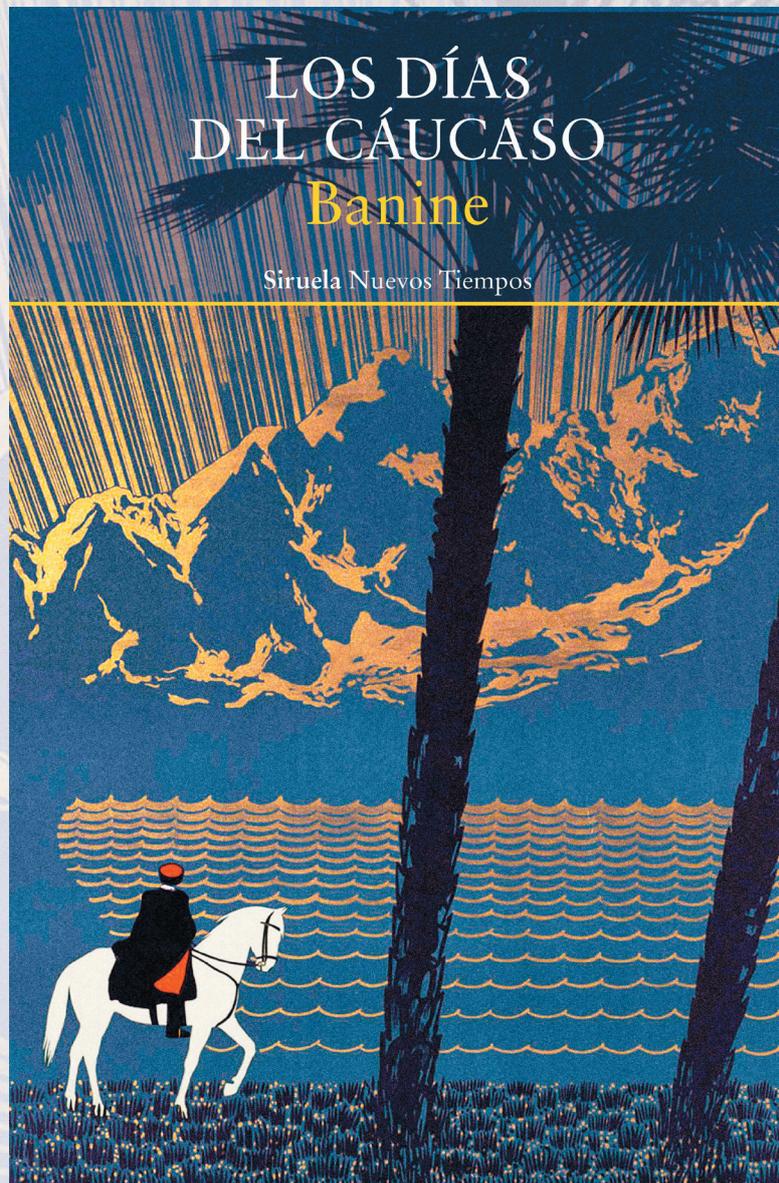


Por primera vez en castellano, la fascinante autobiografía de la escritora francesa nacida en Azerbaiyán.



«Relato íntimo y divertidísimo de una juventud turbulenta y excitante a orillas del Caspio (...), de un mundo enrarecido al borde de la extinción».

*Spectator*

Ediciones Siruela

## La autora

### BANINE

(Bakú, 1905-París, 1992) fue el seudónimo de Umm El-Banu Āsādullayeva, escritora francesa de ascendencia azerí. Educada en el seno de una privilegiada familia de Azerbaiyán —entonces parte del Imperio ruso—, su padre llegó a ser ministro en la efímera primera República Democrática de Azerbaiyán (1918-1920), de la cual se vio obligada a huir tras el triunfo de la revolución bolchevique.

En París, mientras trabajaba como traductora, periodista y modelo de alta costura —y sin dejar sus estudios—, pasó a formar parte del destacado círculo literario que incluía a figuras de la talla de Nikos Kazantzakis, André Malraux o Marina Tsvetáyeva. Fueron ellos quienes la animaron a escribir. También fue amiga muy cercana de Ernst Jünger, escritor al que conoció en la Segunda Guerra Mundial en París y al que dedicó tres de sus libros. En cierto modo, Banine consagró su vida a que se conociera la cultura e historia azeríes tanto en Francia como en el resto de Europa. Entre sus obras más conocidas cabrían destacar: *Nami* (1942), *J'ai choisi l'opium* (1959), *Après* (1962), *La France étrangère* (1968), *L'appel de la dernière chance* (1971) o *Ernst Jünger aux faces multiples* (1989).

*Los días del Cáucaso*, escrita en francés y publicada originalmente en 1945, es sin duda su obra más lograda. Banine recuerda en esta elegante, irónica y conmovedora revisión autobiográfica —una de las *mémoires* del siglo pasado más original y apasionante que pueda leerse— su turbulenta y, al mismo tiempo, fascinante juventud por las disputadas tierras de Azerbaiyán, un país en perpetuo equilibrio entre Oriente y Occidente, entre el mundo de ayer y los inciertos días venideros.



# *Los días del Cáucaso*

*«A diferencia de ciertas personas dignas, nacidas en familias pobres, pero que eran familias “bien”, yo nací en el seno de una familia que no era para nada una familia “bien”, pero sí era muy rica».*

Bisnieta de un campesino azerí que murió inmensamente rico, gracias al petróleo que brotó de sus pedregosos campos, Banine recuerda con esmerado detalle su infancia que, aunque con todos los lujos materiales, estaba bastante lejos de ser idílica... Su opulenta mansión de Bakú, las inolvidables aguas del mar Caspio o aquellas espléndidas e interminables fiestas son solo algunas reminiscencias de unos años verdaderamente turbulentos, los que a comienzos del siglo XX vivió Azerbaiyán, un país atrapado entre la arraigada tradición y la cada vez más vigorosa modernidad.

Banine recuerda con auténtico cariño a Fräulein Anna, su paciente y sacrificada institutriz alemana, de piel pálida y rasgos tan alejados del aspecto oriental (pelo negro, piel morena y velluda) que presentaban las mujeres de su familia. Tras la muerte de su madre al dar a luz, ella se encargó de criarlas y educarlas, a ella y a sus tres hermanas. Les enseñó piano, francés, alemán e inglés, un estilo de vida europeo del que renegaba su imperiosa y estricta abuela musulmana, una mujer corpulenta e irascible que solo hablaba azerí y pasaba la mayor parte del tiempo rezando y recitando versos del Corán.

*«Pero los rusos nos habían colonizado hacía tiempo; su influencia se colaba por todas partes, y con ella el deseo de cultura, de europeización. La gente empezaba a preferir para las nuevas generaciones la libertad al velo, y la formación al fanatismo».*

Banine también recuerda a sus familiares y parientes más cercanos, con sus odios y afectos — «allá donde los intereses no dividen, existe en ocasiones el afecto» —, tan adinerados como poco respetables. Numerosos tíos y primos, ricos y pobres, que parecían vivir bajo el mismo techo y, al mismo tiempo, estar consumidos por los celos y las iras que provocaba su gran riqueza.

Durante el verano, la familia al completo y la servidumbre se trasladaba a una gran finca en el campo, mar de verdor en medio del desierto con un exuberante jardín, estanques, un magnífico *hammam*, bosques y un viñedo. Las disputas internas y discusiones se hacían entonces muy frecuentes, así como las interminables horas jugando al póquer y poniendo sobre la mesa la inmensa fortuna que el petróleo les había permitido amasar.

*«Todas eran de temperamento violento, parloteaban a lo largo de todo el día y jugaban al póquer con una pasión inextinguible. No sabían hablar*

*sin dar gritos, y hasta las conversaciones más apacibles sonaban como una batalla campal. La maledicencia era su otra pasión, y jamás tuvieron una palabra bonita para nadie, ni siquiera para sus propios parientes».*

En su revisión de aquellos días, Banine rememora cómo con trece años muere su abuelo y se convierte en una multimillonaria heredera. Recuerda las segundas nupcias de su padre con una glamurosa mujer osetia, culta y de ideas más modernas. Gracias a ella descubre que, como mujer, puede aspirar en la vida a algo más que a casarse y ser madre.

Pero las turbulencias y revueltas son habituales por el Cáucaso en aquellos grises comienzos de siglo: la Revolución de Octubre, el fin de la Primera Guerra Mundial y la dictadura militar armenia —en continua caza y captura del azerbaiyano rico—, así como la posterior intervención turca, acaban desembocando en el nacimiento de la nueva República Independiente de Azerbaiyán, de cuyo gobierno el padre de Banine, Mirza, será ministro de Comercio.

La llegada entonces de los bolcheviques dará un giro radical a sus vidas... Poco después de la boda de una de sus hermanas y del viaje a París que emprende parte de la familia —solo quedan en la ciudad Mirza y la pequeña Banine—, se escucha la *Internacional* a todo volumen por las calles de una sorprendida Bakú. Las tropas del Ejército Rojo han entrado en la ciudad... Sin un solo tiro y en solo unos minutos, el Ejército azerí había desaparecido, la República había muerto y la Rusia victoriosa reclamaba a sus súbditos. En cuestión de días la familia lo perdería todo: Mirza es arrestado y encarcelado, sus dos casas son requisadas y la fortuna, socializada, es ahora también de los bolcheviques.

*«No era complicado hacer propaganda comunista en Bakú. Aunque había sido una de las ciudades más ricas del mundo, carecía de transportes públicos, alcantarillado y saneamiento. Los obreros vivían en cuchitriles inmundos, cobraban salarios ridículos y no tenían nada que hacer contra los ricos».*

En medio de ese torbellino revolucionario, Banine rememora su primer trabajo y cómo se enamoró perdida y apasionadamente de Andréi, un miembro del Comité Revolucionario al que veía más como un príncipe ruso. Un amor que acabaría siendo frustrado al verse obligada —para poder así liberar a su padre— a casarse con otro hombre, más influyente, al que detestaba. El mundo se hundía bajo sus pies con solo quince años y cargada de ilusiones... Hasta que llegó su oportunidad de escapar: primero a Estambul y después, en 1924, a París.

## Compañeros de viaje

*«Como decía, vine a nacer en una familia extraña, exótica y riquísima, un día invernal de un año movido, plagado, como tantos otros calificados de históricos, de huelgas, pogromos, masacres y diversas manifestaciones de la genialidad humana, tan particularmente imaginativa en lo tocante a perturbaciones sociales».*

**FRÄULEIN ANNA** fue la madre que Banine no llegó a conocer. Entregada y paciente en su trabajo como institutriz se sacrificaba a diario por las niñas. El hecho de que ella, rodeada de una familia musulmana fanática, supiera crear y mantener un clima de canciones infantiles, árboles de Navidad, pasteles de crema y encubierto sentimentalismo, demuestra que, a pesar de su docilidad y flexibilidad, tenía una enorme personalidad. Su influencia se veía contrarrestada por la férrea figura de la **abuela paterna**, que vivía en la planta baja. Desde allí reinaba aquella mujer autoritaria, alta y gruesa, quien, cubierta la cabeza con un velo y fanática hasta el exceso, ejecutaba sus abluciones y oraciones con un rigor infalible y aborrecía a los cristianos con verdadera exaltación. Repudiada por su marido (para irse con una rusa de dudoso origen), había acentuado su falta de dulzura y de resignación. Pasaba el día dando órdenes, exigiendo e insultando.

*«Sus tres hijas, mis tías, eran gordas, atezadas, barbudas y bigotudas, y llevaban a gala su reciente emancipación. Para hacer alarde, chapurreaban un original compuesto de ruso y azerí, fumaban como chimeneas y encargaban la ropa a la modista más cara de Bakú. Les chiflaban las joyas, con las que se cubrían sin mesura».*

**MIRZA** viajaba constantemente en condición de primogénito y director de la compañía petrolífera familiar, la cual tenía depósitos y oficinas filiales alrededor del Caspio y a lo largo del Volga hasta Moscú. De Berlín traía aficiones, gustos e influencias germanas que trató de transmitir a sus hijas, aunque en verdad, casi se desentendía de ellas.

Entre otros familiares, Banine sentía verdadera adoración por su **tía Reina**, una mujer miedosa que reclamaba su presencia cada vez que su marido salía de viaje. En su repleta biblioteca, la muchacha descubrió a autores franceses como Maupassant, Flaubert o Zola. Fue en esos momentos, plagados de lecturas, cuando Banine aprendió le importancia de soñar despierto.

*«Tanto se complicaron las cosas que la situación se volvió definitivamente irresoluble; los herederos se insultaban, se odiaban. Nadie estaba dispuesto a ceder, todos sospechaban y recelaban de los demás, y así, de juicio en juicio, de año en año, llegó la revolución, que se encargó, con absoluta imparcialidad, de ponerlos a todos de acuerdo».*

**GULNAR** era la prima favorita de Banine, la «niña de sus ojos». Locuaz, hipócrita y descarada, con doce años ya hablaba de hombres como una experta cortesana, y le daba detalles apasionantes sobre el futuro trato con los mismos. Sus continuos pensamientos sobre el sexo opuesto le impedían incluso concentrarse en los estudios. Poseía una visión bastante descreída de la psicología masculina. Gracias a ella Banine conoció a **Andréi**, joven militar desplazado a Bakú en representación del partido. Para una enamoradiza compulsiva como ella, este hombre férreo y a la vez poético, cariñoso y hombre de acción, se convirtió en toda una ensoñación.

*«Yo deseaba amar a Andréi Massarin, deseaba ser amada por él; ni por un segundo me planteé la posibilidad de que tales deseos, aplicados a un extraño, resultaran absurdos».*

# Íntima y turbulenta

«Poseía ya esa lastimosa disposición a prefigurar los cambios que sobrevienen a todo y a todos en esta vida».

A modo de fascinante relato de un mundo que ya no existe, las memorias de esta extraordinaria mujer nos muestran lo que significa dejar el pasado atrás y cómo, en muchas ocasiones, nos sigue persiguiendo durante años. Con una voz a veces romántica e indiscreta y otras irónica y conmovedora, Banine va narrando sus años de turbulenta juventud con la atinada y certera visión que da la madurez.

Aguda observadora del mundo que le rodea, a caballo entre Oriente y Occidente, Banine se vale de su astuto y mordaz sentido del humor para, sin escatimar detalles, hacer una íntima revisión tanto histórica como cultural y social de una época que parece haber quedado en el olvido.

*«¿Por qué tenía que obedecer?, me decía yo con nostalgia. ¿Sería así toda la vida?, me preguntaba, muy inquieta, presintiendo la verdad. Las obligaciones mas fastidiosas siempre tendrían la triste facultad de estirar hasta el infinito el tiempo, que sin embargo se acortaba en pobres jirones con los placeres amables».*

El entorno islámico en que nació, la cultura europea en que se educó, la situación de dominio ruso cuya influencia se colaba por todas partes, el ambiente hostil y de violencia étnica en que vivía, la revolución política, las lecturas en su niñez de clásicos como Dostoievski... Todo ello se plasma en experiencias que, vistas y narradas con los años, aportan un valor realmente único al texto.

Banine describe con minuciosidad las tradiciones más arraigadas, la atmósfera que se vivía en las casas señoriales del momento o las relaciones que la unían con el mundo circundante, pero también sus estados de ánimo, sus primeros amores y las ideas y actitudes que movían al ser humano en aquel crucial periodo histórico. Desde su amplia casa veraniega, Banine es consciente de su privilegiada vida, de esa suerte que supone poder utilizar los terrenos de la finca como patio de recreo o leer con voracidad todos aquellos libros que cuajaban su biblioteca. Pero ese aislamiento no era total, también tuvo que afrontar el choque que suponía la pobreza y el encuentro incómodo con parientes que estaban muy lejos de vivir como ella.

Resulta interesante ver cómo, tras su encuentro con los jóvenes rusos llegados para implantar la ideología socialista (en una región inmensamente rica), Banine llegó a interiorizar la injusticia de su propia riqueza... No solo participó de la realización de inventarios de las mansiones, también acabó enamorándose de un atractivo y joven revolucionario ruso.

*«En días de fiesta, jugábamos a las matanzas armenias, juego que preferíamos a cualquier otro. Ebrios de pasiones racistas, inmolábamos a Tamara en el altar de nuestros odios ancestrales. Primero la acusábamos arbitrariamente de asesinar musulmanes y la fusilábamos en el acto, varias veces consecutivas, para renovar el placer».*

En la narración late desde el principio el conflicto entre tradición y modernidad, entre costumbres ancestrales y cambios de mentalidad, entre acatamiento social e identidad de género. El anhelo romántico y una visión en verdad pragmática del sexo se fusionan con una más que sobresaliente habilidad para convocar las emociones, la ternura, el ingenio y los momentos más cómicos. Con *Los días del Cáucaso*, Banine consigue que un género literario como el de las memorias deje de ser caduco y ampuloso para convertirse en una narración fresca, vívida y conmovedora, difícil de olvidar.

*«Hija mía, si me permites un consejo, no te cases nunca. Un marido es una molestia durante el día y un incordio por las noches; lo exige todo sin dar nada a cambio. Este no ha sabido ni hacerme un hijo, y bien sabe Dios la matraca que me ha dado con sus exigencias».*

Si necesitas más información, puedes contactar con:

ELENA PALACIOS  
epalacios@siruela.com  
Tel.: 91 355 57 20